

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL PRESIDENTE, EN LOS FUNERALES DEL ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DON JORGE HERNÁNDEZ CAMACHO

Profundamente conmovido por la infausta desaparición del amigo, del compañero de trabajo de largos años, Profesor Jorge Hernández Camacho, en representación de la Academia Colombiana de Ciencias y en mi propio nombre, permítanme rendir sentido y póstumo homenaje al connotado científico Maestro Jorge Hernández Camacho, mi amigo y compañero de trabajos de muchos años.

El hondo pesar que hoy nos agobia, contrasta pero al mismo tiempo relleva la grata emoción que todos los presentes sentimos cuando hace apenas pocos días la Academia Colombiana de Ciencias, reunida en pleno y en sesión solemne, le hizo entrega del más alto galardón que la entidad confiere en reconocimiento a una vida dedicada al cultivo del conocimiento, como ganador del concurso nacional público de méritos y contribuciones a la Ciencia.

Todos recordamos la alegría y emoción con la cual el Maestro, pensador y escrutador infatigable de la naturaleza colombiana, recibió el galardón, en compañía de su esposa, de sus discípulos, colegas y amigos; admiradores todos, de su obra científica y de sus elevadas calidades humanas. Valga decir, de su generosidad intelectual, su solidaridad a toda prueba, su altruismo, su vocación pedagógica, su pensar independiente original, crítico y creativo. Calidades humanas que hicieron de él, el maestro, el investigador auténtico.

Al atardecer, del pasado sábado, en medio del dolor y profunda sorpresa, recibimos la noticia infausta que su vida tan preciada, no solo para los suyos, y para sus amigos de toda la vida, sino para Colombia toda, se había extinguido sorpresivamente. Por cierto, había ocurrido, en un lugar cuyo contexto de naturaleza prístina, correspondía al escenario que siempre fue el compañero asiduo de su vida o de su mente. El canto de las aves, las notas del lamento de los monos aulladores, el silbido angustia-

do de la brisa en su paso a través del follaje de los bosques de manglares, fue la sinfonía que escuchó al despedirse de la vida y sumirse en la noche eterna de la muerte, como lo relata con emoción, profunda y dolor inmenso, Julia su queridísima noble esposa y compañera, presente también en el postrer escenario y momento de su vida.

No me cabe la menor duda que el reconocimiento de las presentes y futuras generaciones de colombianos a las contribuciones científicas y realizaciones institucionales de Jorge Hernández Camacho en favor de la conservación de nuestro inmenso patrimonio biológico y de los paisajes prístinos multidiversos del entorno natural de Colombia, se acrecentará con el correr del tiempo y en la medida que se magnifiquen los beneficios que tales contribuciones signifiquen como aportes al bienestar y a la calidad de vida de las futuras generaciones que habrán de sucedernos.

Por fortuna, ya en la plenitud de su vida y en medio del arduo trabajo que le significó la realización de muchos de sus emprendimientos recibió el reconocimiento de instituciones científicas y académicas nacionales y extranjeras de renombre, como la Universidad Nacional, el antiguo Inderena, el Ministerio del Medio Ambiente, la Fundación FEN y la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Tuve la fortuna de conocer al “mono” como lo llamaban ya entonces los Profesores del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional, en la ya lejana década de los años 50 del pasado siglo, cuando todavía cursaba estudios de bachillerato, y movido por aquella acendrada vocación, que desde su niñez, lo acompañara toda la vida por el conocimiento de la naturaleza en sus múltiples manifestaciones, visitaba el Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional y se detenía

con singular entusiasmo y emoción en el estudio de las colecciones de los diferentes grupos de la fauna, pero también de las familias de plantas representadas en el Herbario Nacional Colombiano. Cuántas veces escuché sus exclamaciones de asombro y emoción ante hallazgos sorprendidos o de frente a nuevos datos o informaciones interesantes que eliminaban las incertidumbres o daban apoyo a sus hallazgos.

Por lo mismo, ya entonces la amplitud y profundidad de sus conocimientos ora sobre los mamíferos, ora sobre las especies de aves, reptiles y peces de la fauna nativa o de grupos de especies de la Flora de Colombia, despertaban admiración y asombro de profesores y científicos nacionales y extranjeros que visitaban el Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional. Muchas veces lo escuché dirigirse a quienes discutían uno u otro tema de las Ciencias Naturales, y con la timidez y modestia que le eran propias, solicitar se le permitiera intervenir en la discusión. Cuál sería mi asombro cuando me percataba que unas breves frases tuyas, sustentadas en datos o informaciones que guardaba en su prodigiosa memoria, eran suficientes para dirimir un problema, lo cual desde luego, motivaba el asombro y admiración de todos los presentes.

De su esposa y compañera de la vida, la distinguidísima zoóloga Julia Sánchez, no solamente recibió su afecto, sino su apoyo y estímulo permanentes, en el intenso y arduo trabajo cotidiano. A ella, a todos los tuyos, a sus discípulos, colaboradores, colegas y amigos, deseo expresarles en nombre de la Academia Colombiana de Ciencias, solidaridad en estos momentos de gran dolor y tristeza.

Estoy seguro que para quienes se ocupen de profundizar en el estudio y difusión de la historia de la ciencia en Colombia, sobre todo en referencia al Siglo XX, encontrarán en la figura del "Mono" Hernández Camacho un caso excepcional de entrega a la ciencia, al conocimiento de la multidiversidad de los seres vivos que todavía sobreviven en nuestro territorio y conforman el mas grande patrimonio de la nación. Reconocerán en él, al Maestro sin par de varias generaciones de naturalistas colombianos, quienes motivados por el ejemplo de su Maestro acendrarón su vocación como investigadores y estudiosos de la fauna y flora de Colombia. Ellos, en todo momento, encontraron en "el mono" como de ordinario, con admiración y cariño a él se referían, no sólo el profesor, sino sobretudo al noble y generoso amigo, siempre dispuesto a prestar toda la colaboración que estuviere a su alcance.

Sean estas palabras el testimonio de admiración por el inolvidable amigo y compañero, a la par, uno de los más destacados Miembros Correspondientes de la Academia Colombiana de Ciencias, quien siempre estuvo listo a prestar a la Institución su valioso concurso, como miembro del Comité permanente de asuntos ambientales, entre otros menesteres.

Estoy seguro que la sociedad Colombiana agradecida guardará su memoria y señalará a las futuras generaciones de compatriotas, el ejemplo de su vida y de su obra como paradigma excelso de la ciencia y la cultura nacional.